

EL MUERTO



EL MUERTO

Había salido por la puerta excusada, había dejado el cadáver en las losas de la acera, salpicadas de fango.

Perdonad vosotros que os turbe ahora con un relato de melodrama truculento. Es lo incidental en la acción. Revolviendo, revolviendo en la miseria de la pobre carne podrida, tropezó la pluma en la ternura inmensa de aquel corazón de mujer, y quiso narrarla. Es algo trágico y algo dulce: como la blancura de una paloma que volase aterida en una tarde de lluvia, sobre los fangos y sobre los charcos turbios. Perdonad vosotras que os lleve hasta una visión amable por una senda trágica. Lo sentimental no elige escenario. Recuerdo que en el jardín donde corrí de niño, las más bellas orquídeas brotaban en los troncos corrompidos de los árboles muertos.

Oidme:

Había dejado el cadáver en las losas, y volvió á subir la obscura escalera de servi-

ció, precipitada, enloquecida. Diríase que, junto al cuerpo querido, había quedado, exánime también, aquel valor brutal con que arrastró á su amante sobre las alfombras primero, por los peldaños después, sintiendo, en cada uno, el sordo golpe de los pies que contaban los escalones con un choque escalofriante de carne inerte.

Entró en su gabinetito, lívida. Oía el batir furioso de todas sus arterias y un caos de confusión en su alma. El paso de la Intrusa había dejado en toda la estancia una ráfaga de su transcurso; parecía más tenue la luz filtrada por el rosado esmeril; en las sombras de los objetos había otras sombras extrañas; el lecho, cuya visión rayaban los encajes del estor, en la alcoba próxima, revestía un grave aspecto de catafalco, con las cortinas cayendo en su torno.

Había sido todo rapidísimo: una sacudida brutal, breve, que dejó el cuerpo rígido en la butaquita; un engarabamiento de las manos, un sordo barboteo, como si un quejido se hubiese roto en lo recóndito del pecho y subiese en trozos, en burbujas, á los labios. Luego, el pobre cuerpo gallardo se dobló como en un vencimiento supremo ó una reverencia á la muerte. Y todo impensado, fulminante, tronzando la habitual misteriosa entrevista de cariño. Elena, aterrada, inmóvil junto al amado, dudó un instante de la verdad; pero las uñas azuladas, negruzcas, aquella ligera espuma en los labios y los

ojos desorbitados, fijos, en un mirar de susto extrahumano, mataron la débil esperanza con su revelación espantable.

El miedo al escándalo triunfó del espanto y del amor. La aparición de Gabriel, á quien nadie había visto entrar, y de Gabriel muerto, en su alcoba, no podía tener otra explicación que la verdadera. Se decidió al traslado horripilante, en una excitación de toda su angustia y de todo su orgullo. Ya en la calle desierta, se había inclinado sobre el cadáver, llamando temblonamente, con un ansia suprema, en voz muy baja:

—¡Gabriel!...

Y esperó. Todo el silencio enorme, el de la noche inmensa y negra, el del muerto, estaban fundidos trágicamente y la espantaron. Huyó, cerrando apresurada, como si la persiguiesen.

Y ahora, calenturienta, enferma, exhausta, se tendió en un diván; en su alma había un molín de ideas; diríase que corrían también por todas las venas, hechas puntos de fuego y puntos de hielo. En la desolación interna se alzó, amenazadora, la severa figura hidalga del padre incommovible, del padre rígido y cruel, encastillado en sus viejas creencias de honra intransigente.

Poco á poco fué cediendo la impresión de lo trágico y pensó en el amor perdido y pudo llorar, llorar ahogadamente, en silencio, sobre aquella brusca ruina de su ventura. ¡No lo había besado!... Parecía que ahora todo su

egoísmo se replegaba, vergonzoso, ante el desbordamiento del enlutado amor.

Sonó un ruidillo en los cristales: escuchó, sobresaltada. Llovía. Caía un agua mansa, lenta, menuda. En los bordes de la galería se unían las gotas, batiendo luego el alféizar con un son monótono. De algunas gárgolas resbalaba el agua á la calle desierta y se oía su son casi metálico en las charcás.

¡Aquella lluvia mojaba el cuerpo amado tendido en las losas frías! Se imaginó los goterones cayendo con un sordo rumor sobre las ropas del muerto, uno á uno, hasta empaparlas, hasta llegar á la carne tantas veces santificada con el contacto de la suya. Tuvo una creciente congoja... El cabello iría alisándose sobre el cráneo, resbalando sobre la frente. Se acordó... había quedado él con el rostro contra las baldosas, doblado un brazo bajo el cuerpo, encogidas las piernas... ¡tan sin gallardía!... como un montoncito... como ella lo había dejado caer...

Y la lluvia, mansa, menuda, bajando, bajando.

¡Y el frío de las losas, y el frío de toda aquella noche espantable!... Se alzó angustiadísima, enferma. Y dentro sonaba, acusadora, la voz de su amor, doliente porque en la calle obscura y triste iba cubriendo al cuerpo querido un sudario de fango.

Todos los recuerdos de él se agolparon, y todas las sensaciones, y de su apretujamiento en el alma llorosa desprendióse como la

esencia de aquel cariño amplio y generoso, más dulce por ser oculto y por ser pecador. Sintió un violento deseo de volver junto al muerto amado, un ansia piadosa de librarlo del ultraje del lodo y de la tristeza del agua constante y del frío de unas losas de calleja; ansia de besarlo, de llorar sobre él, con todo su sentimentalismo de mujer enamorada.

Y anduvo como impulsada, lentamente, ahogando en su pañuelo los sollozos que pudieran conmover la profunda paz de la casa. Cerca de la escalera que había bajado antes con la carga mortuoria, vaciló; no podría subirla con ella, falta ya del extraño vigor nervioso. Tuvo una decisión: salió de lo íntimo de su ser, sin palabras, sin premisas, imperativa, y ella la acogió como una solución de su angustia. Despacio, despacio, recorrió el pasillo oscuro, empujó una puerta, entró. Se oía el hálito reposado, lento, de su padre, dormido en el lecho del fondo. Brillaba una lamparilla próxima á un cuadro sombrío. Se acercó Elena: la enérgica cabeza del durmiente conservaba su ceño de rigidez, de intransigencia, su gesto de hidalgo de drama clásico, justiciero y cruel, siervo de la vanidad de su honra.

Se juntaron sobre él las manos de la joven. Despertó con un sobresalto; se solivió en el lecho; preguntó, receloso y brusco:

—¿Quién anda ahí?

Y Elena, lívida, resbaló hasta arrodillarse en la alfombra, suplicantes las manos y el

rostro, y fué balbuceando lentamente, en voz muy baja, como si estuviese allí el muerto adorado y hablase su amor, triunfante de ideas viejas y de temores de castigo:

—Papá... es que Gabriel está abajo... muerto... ¡tan solo... papá!...



LUZ DE LUNA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO